



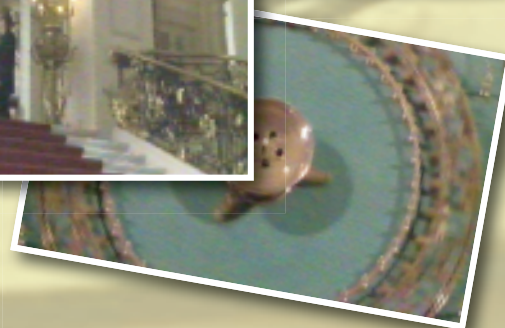
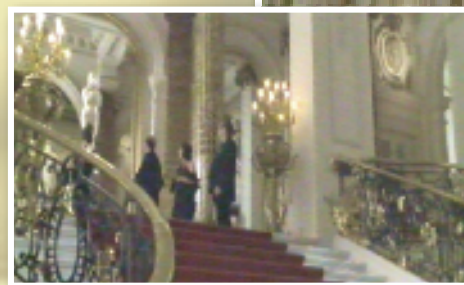
“Inquietud”

Tres historias enlazadas de un modo muy original configuran esta película escrita y dirigida por Manoel Oliveira en 1998. El inicio de la primera no puede ser más contundente. “¡Muérete!”, le ordena un anciano padre a su hijo el día en el que éste se jubila. “Muérete. Es la única forma de vivir para siempre”, le asegura desde la experiencia que le aportan sus muchos años y el sentirse apartado de las glorias y el reconocimiento que en otrora disfrutara estando en activo. Ante la pantalla crece la expectación porque el planteamiento, sí produce una intensa y clara *inquietud*, como el título indica. ¿Qué puede llevar a un padre a instar, aconsejar y empeñarse en que su hijo se muera? Es más, le induce, e incluso le propone que se suiciden juntos, algo que él no tuvo valor para hacer cuando llegó su retiro y guarda desde entonces una ampolla de cianuro. “Tomémosla juntos y permanecerás vivo entre los hombres”, le dice. De nada sirven los razonamientos del hijo, “ahora que



tengo todo el tiempo, quiero vivir, viajar, conocer Asia, África, París...” , ni sus intentos por organizar distracciones para su padre como un picnic con una antigua discípula que ambos admiraban. El padre lo tiene decidido y no descansará hasta que logre su objetivo. Con la disculpa de que arregle un doblez de la cortina y con la ventana abierta, lo empuja al vacío y luego se arroja él. Acto seguido, cae el telón. El teatro dentro del cine, al que el espectador asiste sin ser consciente hasta la última escena. Es entonces cuando se inicia la segunda historia.

Nos encontramos en los años 30, en Oporto. La cámara se fija en dos amigos que han acudido a ver la representación, se queda con ambos y al igual que en la película *Vidas cruzadas*, sigue las peripecias amorosas de los dos jóvenes. Es en esta segunda parte donde aparece el Casino de Madrid en unos sugerentes planos en los que el propio director baila con su mujer un tango. En ellos se intuye el Salón Real. Cuando cesa la música, las lámparas



se iluminan y entonces sí podemos admirar el Salón en todo su esplendor. Y no sólo el Salón Real, en cuyos frescos y detalles se recrea el realizador, también el Patio y el Bar Las Estancias. Incluso puede verse la ruleta de los caballos en pleno funcionamiento pues el Casino de Madrid es en esta película un restaurante, bar y casino de juego, y en él transcurre gran parte de la conversación entre ambos caballeros. Hablan sobre la vida, el amor, los celos, la trascendencia... y sobre todo de Suzy, una cortesana de la que uno de ellos se ha enamorado perdidamente.

Muchos de los empleados del Casino recuerdan perfectamente los días de rodaje de la película. “Era verano y los extras estaban vestidos de época. Resultaba muy llamativo que a la hora de comer, todos salían del Casino a los restaurantes de alrededor y se producían escenas muy divertidas porque lo hacían por la Puerta de la calle Alcalá y los grupos de turistas que pasaban no daban crédito a lo que veían... Se empeñaban en hacerse fotos y más fotos con los actores... era todo un espectáculo”, nos cuenta Miguel Ángel Ramírez, quién además comenta que justo la escena donde el director Oliveira, ya con 90 años bailaba con su esposa, “no estaba en el guión, pero que él mismo se empeñó en incluirla porque quería demostrar que recordaba cómo bailar un tango”.

Encadenada, sigue la tercera historia, donde el enamorado joven escribe la última carta a su amada Suzy, aún sabiendo que no podrá leerla pues está en un quirófano, siendo sometida a una operación de extrema gravedad, “en el silencio de la muerte nacen en nosotros los sentidos del misterio”, dice. Su amigo lo consuela y le relata la vida de Fiselina, una veinteañera que vive atrapada en una aldea que le parece monstruosa y de la que no logra huir pese a desearlo con todas sus fuerzas. Fiselina recurre a la ayuda de la *Madre de un Río*, una extraña mujer que cuida el nacimiento del río, habla en griego y tiene los dedos de oro. La muchacha será a su vez, la *Madre de un río* por mil años hasta que otra joven la libere. “¡Pobre Fiselina! ¡Pobre Susy!”, dicen ambos. Son dos mujeres atrapadas en su propia historia.

El director Manoel de Oliveira nació en Oporto en 1908 y desde muy joven se sintió interesado por el cine, porque su padre le llevaba a ver las películas de Chaplin y Max Linder. Sobresalió como atleta en gimnasia, natación, atletismo y carreras de coches. Cuando tenía unos 20 años rodó *Douro, faina fluvial*, cuya versión sin sonido se mostró por primera vez en el año 1931. Con ella, despertó violentas reacciones entre los críticos nacionales y alabanzas entre los extranjeros. Ahora, ya centenario, cuenta con gran popularidad tanto dentro como fuera de Portugal.

AÑO: 1998

DIRECTOR: Manoel Oliveira

INTÉRPRETES: José Pinto, Luis Miguel Cintra, Isabel Ruth, Leonor Araújo, Alfonso Araújo, Clara Nogueira...

LOCALIZACIONES: Salón Real, Patio, Bar Estancias...

DISTRIBUIDORA: WANDA VISION, S.A.